

vers no pueden ser las vuestras, ni las de estos caballeros. Todos no pueden vanagloriarse de militar entre los asesinos de Nevers, y vos mismo intervinisteis en él más como instrumento que principalmente. Ahora bien; desaparecida la cabeza, el brazo queda inerte. Sólo falta aguardar el castigo, que no tardará.

—Si lo temiese, sería una razón más para conservar en mi poder á Mlle. de Nevers.

—¿Puedo preguntaros cuál es vuestro plan?

—preguntó la joven, agresiva y altanera.

—Llevaros á España, aunque mi señor el Príncipe haya muerto. Aurora de Nevers era para él un rehén, un rescate vivo. Pues bien; será también el mío, y Lagardère mismo no me lo quitará.

—¡No está mal pensado!—repuso fríamente la gitana.—Pero mi plan, el mío, es muy diferente.

La puerta se abrió bruscamente á sus espaldas.

—¡Pero no el mío!—dijo alguien que apareció en el umbral.

Un grito salió de todos los labios:

—¡Monseñor Gonzaga!



## XIII

### En la garganta de Pancorbo.

—¡Mal pecado!—dijo Cocardasse sopapeando las orejas de su caballo para reunirse con su fraternal é inseparable amigo Passepoil.—¡Mira los Pirineos, pichón! ¡Al paso que vamos, los pasaremos como si fueran una simple topinera!

Era, efectivamente, una marcha infernal: los caballos, cubiertos de espuma, parecían no tocar el suelo. Lagardère contemplaba también las altas cumbres doradas por el Sol, de las cuales sólo algunas leguas los separaban, y pensaba que, de no alcanzar á Aurora antes de pasar la cordillera, tropezaría en España con mil obstáculos que retrasarían por bastante tiempo su unión.

Faltaba poco para llegar á Bayona. De pronto surgió un hombre de la cuneta del camino con una larga pértiga, apoyado en la cual dió un sal-

to prodigioso y cayó montado á la grupa del caballero. Cocardasse echó mano á la espada:

—¡Baja de ahí granuja—aulló furioso,—si no tienes ganas de que mi acero haga conocimiento con tus espaldas!

Antonio Laho desvió con su pértiga la punta de la espada del gascón, ya á dos dedos de su costado, y dijo sencillamente:

—¡Calma! Tengo que hablar con vuestro amo.

—¿Qué me queréis?

—¿Sois el caballero de Lagardère?

—¿Y qué?

—¿No lo negáis? Bueno; me basta. Continúad galopando; podemos hablar mientras marchamos—É inclinándose á su oído murmuró:—He intentado salvar á doña Aurora; pero no lo he logrado.

Lagardère volvió la cabeza, irguiéndose sobre los estribos.

—¿Os referís á Mlle. de Nevers? ¿La habéis visto? ¡Decidme pronto dónde está!

—Hace dos horas estaba aún en Bayona, en la hostería *La hermosa hostelera*. Pero, ¡caramba!, habéis tardado mucho. Ahora está en España.

—¡Cocardasse, Passepoil, adelante! ¡Desempedremos Bayona, y continuemos hasta encontrarla!

—No; debéis deteneros aquí, media hora por

lo menos. No sobraré tiempo para enteraros de todo lo que necesitáis saber. En las montañas tenéis preparada una asechanza, en la cual hallaréis infaliblemente la muerte.

—¡No! ¡Cien veces no! ¡Estando tan cerca de ella, no perderé ni un minuto!

—Entre un paso y otro—dijo sentenciosamente el vasco,—hay espacio suficiente para una tumba. Cincuenta hombres os aguardan en un desfiladero, y sólo seremos cuatro contra ellos.

—¿Quién es el cuarto?

—Yo. Pero mi hermana ha recibido las confidencias de vuestra amada, y tiene que hablaros.

—¡Sea así!—dijo Enrique.—Tengo confianza en vos.

Á la puerta de la ciudad Antonio se apeó y cogió al caballo por la brida. Poco después, mientras él llevaba á la cuadra los caballos, la Vasca hacía entrar en la sala de la hostería á los caballeros.

—¡Hablad pronto!—exclamó Lagardère.—¿Qué ha ocurrido?

—¿Quiénes son éstos?—preguntó la huéspeda designando con un gesto á los dos diestros, el uno en éxtasis ante su belleza, el otro relamiéndose á la vista de las botellas vacías.

Ni uno ni otro pensaron en resentirse por la desconfianza de Jacinta.

—Podéis hablar sin reparo delante de ellos.

Les sirvió prontamente que comer, y sentándose al lado del caballero comenzó á relatarle lo acaecido. Hallábale tal como se lo había figurado por las noticias que le dió doña Cruz. Sus miradas francas y firmes se cruzaron con flúido simpático: aquellos dos seres hermosos y valientes no podían menos de entenderse bien. Al momento llegó Antonio y se mezcló en la narración, dando pormenores preciosos respecto del viaje por el subterráneo y su lucha al borde de la zanja con el Príncipe, que se les apareció de pronto y cuando menos lo esperaban. Lagardère estrechó las manos de ambos:

—¡Que Dios os lo pague—dijo al hermano y la hermana,—pues yo no podré hacerlo en la medida de vuestra abnegación! ¡Mientras viva me acordaré de vosotros!

Cocardasse abría desmesuradamente los ojos, y bebía como una esponja para ocultar su emoción. Y eso que los dos vascos habían tenido buen cuidado de pasar en silencio todo cuanto podía realzar sus meritorios esfuerzos.

—¡Voto á bríos!—gritó el gascón.—¡Aún quedan bravos! ¡Permítame, amigo, que con un abrazo te dé el espaldarazo de caballero el primer gentilhombre de Francia después de Lagardère! Entretanto Passepoil besaba amorosamente,

conexcusa de agradecimiento, la mano de la hermosa hostelera.

—En cuanto Gonzaga se nos apareció—prosiguió ésta,—ordenó que enganchasen la carroza y ensillasen los caballos. Mlle. de Nevers estaba muy débil: en vano supliqué que la dejaran aquí. Entre Mlle. Cruz y yo hemos guarnecido el carruaje de almohadas y almohadones, y la acostamos. Abrasaba de calentura. De buena gana lo hubiese abandonado todo por acompañarla; pero no me lo hubieran permitido, y tenía que aguardaros. ¡Nunca, nunca olvidaré su beso de despedida!

Dos gruesas lágrimas asomaron á los hermosos ojos de la mesonera, que se los enjugó rápidamente y concluyó diciendo:

—Traedla pronto señor caballero, para verla á vuestro lado feliz. ¡El Cielo me es testigo de que daría la mitad de los que me restan de vida por ver amanecer pronto ese día!

Lagardère se inclinó ante ella profundamente, y la besó en la mano sin pronunciar palabra.

—Ahora marchemos—ordenó.—Dos horas de ventaja no son nada.

—Cada roca oculta una escopeta—suspiró Jacinta:—el desfiladero de Pancorbo es un mal paso, y allí os aguardan emboscados. Si no conocéis á fondo el camino, estáis perdidos.

—No tengas cuidado—repuso Antonio:—mi misión no ha terminado aún; los acompaño. Señores, marchemos á buscar la novia, para que Jacinta pueda preparar pronto el banquete de bodas.

La Vasca se precipitó en los brazos de su hermano.

—¡Muy bien, muy bien, Antonio! ¡No has aguardado á que yo te lo pidiese! Suceda lo que quiera, ya sabes que hay en la montaña un refugio seguro. Allí, como aquí, me encontraréis siempre...

—¡Hermosos corazones!--murmuró Lagardère.

Un cuarto de hora después los cuatro hombres se dirigían á galope hacia Navarra.

No podían pensar en llegar á Pancorbo antes del anochecer, cuando el Sol estuviera en el Ocaso y los asesinos pudieran ocultarse mejor en las sombras. Pero á ninguno de los cuatro les preocupaba: eran hombres resueltos á pasar por cualquier parte.

Su objetivo era llegar á Burgos, donde indudablemente Gonzaga habría tenido que detenerse á causa del estado de debilidad de Aurora de Nevers. Antonio Laho era un guía seguro que conocía palmo á palmo las provincias vascongadas: con él se podía ir deprisa, y durante el camino acabó de poner al corriente á Lagardère de todo lo acaecido en Bayona

En Castilla hormigueaban los mendigos.

Aranda de Duero era su cuartel general, y desde allí se diseminaban por toda Castilla, llegando hasta Navarra y Aragón. Al jefe de los contrabandistas no le costó mucho trabajo reclutar los que quiso.

Apenas pasaron el Ebro, los haraposos parecían brotar de la Tierra.

—Son las primeras mallas de la red tendida en Pancorbo. Á estas horas ya saben que nos acercamos—dijo el montañés.

—No son hombres—replicó Lagardère.

—¿Quién sabe?—repuso el guía.—Ved esa vieja acurrucada que parece dormir y enseña entre sus andrajos un gran rosario: pues puede ser un hombre, y con seguridad que va armada de navaja, y acaso de pistola.

—¡Sangre de Cristo!--gruñó el gascón.—¡Ganas me dan de registrarla! Yo no soy, como el amable amigo, un admirador del sexo; y si esa momia lleva armas...

Dirigióse en línea recta hacia la mendiga, y comenzó á interpellarla de lejos en su pintoresco lenguaje de Gascuña; pero mientras daba la vuelta á un matorral, la vieja desapareció como si se hubiera fundido en la roca. El chasco de Cocardasse hizo sonreír al caballero.

—No nós apuremos—dijo.—En breve halla-

remos otros muchos que no desaparecerán como ésa.

Caminaron todavía una hora. El Sol declinaba y los picachos de la sierra no estaban iluminados más que por Poniente, cuando sonó un tiro que retumbó en la montaña y repercutió en los desfiladeros.

—Es la señal—dijo Antonio:—veinte escopetas quizás nos apuntan.

El caballero sacó su espada; los dos maestros de armas le imitaron. El vasco sólo tenía una daga cuyo mango estaba encorvado para que no se deslizase de la mano; pero aquel puñal, manejado por un montañés de su temple, valía tanto como una tizona.

La garganta de Pancorbo hallábase á un cuarto de legua escaso. Su longitud viene á ser ésa también; pero el que no la ha atravesado no sabe lo que es un mal paso. Se abre como atajo entre dos murallas de rocas de más de quinientos pies de altura: rocas peladas y desiguales, llenas de sinuosidades, que sirven de linde á un camino hasta donde no llega nunca el Sol, y á lo largo del cual corre un arroyo cuyas aguas son claras cuando por casualidad no corren teñidas de sangre. Pero se ve rojo con tanta frecuencia que nadie bebe en él; ni aun las caballerías quieren hacerlo.

—¿Cuántos creéis que serán?—preguntó Lagardère al vasco.

—Convinieron en que fueran cincuenta—contestó éste;—pero quizás sean más, sin contar las mujeres y los chicos que sirven de centinelas, y á los cuales se compra por un puñado de maravides.

Silencio profundo reinaba en aquella aparente soledad. Era el desierto horrible; pero no el que se extiende inmenso, desolado, en lontananza, y en el cual á lo menos se ve el cielo, sino el desierto de rocas peladas, picudas, verdaderos esqueletos que tendían hacia ellos sus asperezas como otros tantos descarnados brazos. Antonio hizo un movimiento brusco.

—Acaban de armar un fusil. ¡Ojo; la partida va á empezar!

Sólo estaban á ciento cincuenta pasos del desfiladero.

—¡Adelante!—exclamó el caballero.

Los cuatro caballos saltaron al sentir los espolazos de los jinetes, y comenzaron una carrera desenfrenada. Súbitamente los ecos de la sierra despertáronse al estampido de veinte disparos hechos desde distintos sitios.

El sombrero de Cocardasse, agujereado por una bala, dejó la cabeza del gascón y voló al arroyo, en cuyas aguas empezó á flotar con la pluma al viento como un mástil.

—¡Sangre de Cristo!—gritó el diestro furioso.  
—¡Mi sombrero se ha encanallado hasta el punto de saludar á esos miserables! ¡Qué me emplumen si vuelvo á ponérmelo en la cabeza!

La garganta de Pancorbo, que tantas víctimas había engullido, abríase para engullir más.

Las balas silbaban, y el ruido de las detonaciones en el estrecho corredor rocoso repercutía como el estampido de diez cañones disparando á la vez. Había más de veinte hombres apostados á la entrada de la garganta. Todos apuntaban á Lagardère.

De ordinario partían una naranja á cien pasos; pero no estaban á más de veinte cuando Lagardère pasó á todo escape por en medio de sus proyectiles, cual si sintiera placer en oírlos silbar en la calma de la noche.

Aún se veía claro por fuera de la garganta; pero las pétreas paredes no dejaban paso á la luz, y la angostura hallábase envuelta en tinieblas. No podían caminar sino de dos en fila, y aun así las grupas de los caballos se tocaban. El caballero y Antonio entraron los primeros, á galope, siguiéndolos muy de cerca los dos maestros de armas. El gascón estaba dado á todos los demonios.

—¡Cuernos de Satanás!—gritaba á toda voz.  
—¡Esto es peor que las indecentes mazmorras de la Bastilla! ¡Ni aire para respirar!

Le interrumpió un trabucazo. Los hierros, los clavos, el plomo se estrellaron contra las rocas sin tocar á los cuatro hombres; pero el caballo de Antonio cayó muerto instantáneamente. Al disiparse el humo vieron una masa negra: los mendigos, en número de unos treinta, que obstruían el paso del desfiladero. Lagardère vió que estaban cargando las armas.

—¡Pie á tierra, y á ellos!—ordenó Lagardère.  
—¡Barramos esa polilla que se opone á nuestro paso!

El caballero, el vasco y el gascón se precipitaron sobre los mendigos. Passepoil pasó las tres bridas á su brazo izquierdo y siguió á sus compañeros. Empezaba la fiesta.

Cada vez que la espada de Lagardère tocaba un cuerpo, el hombre caía con los brazos en cruz. Cocardasse, muy atareado, no juraba ni mostraba su proverbial jactancia gascona. En cuanto al vasco, se encogía, saltaba, se erguía, y de vez en cuando tumbaba á un hombre con las tripas abiertas, ó con la garganta convertida en un surtidor de sangre. El arroyo enrojecía por momentos, y desde el desfiladero subían estertores de agonía á las cimas donde anidaban las águilas. Había ya más de diez hombres fuera de combate; pero los demás se mantenían firmes y animados.

La lucha hacía más y más difícil por las densas tinieblas que dominaban el campo de batalla. Las mujeres detrás de los hombres cargaban las escopetas, y si ninguno se las pedía, disparaban ellas mismas; pero ya era peligroso disparar, pues no se veía nada.

—¡Sangre de Cristo!—aulló de pronto Cocardasse.—¡Me han roto un hombro! ¡Ah, maldita polilla, carne de horca, caza de Diablo! ¡Ahora vais á ver quien es Cocardasse! ¡Toma esa! ¡Y tú, esa otra! ¡Ya no volveréis á rezar más padrenuestros!

Acababa de recibir un culatazo en el hombro que le había enfurecido al extremo, y se precipitó rabioso contra los mendigos y contrabandistas que tenía enfrente.

La verdad era que los cuatro valientes tenían noventa y nueve probabilidades contra una de no salir vivos de la celada que les había preparado Peyrolles.

Lagardère iba armado aún con la espada ligera de corte del Regente, que ya había agujereado más de una frente en el camino de París á Pancorbo. El acero se quebró en la cabeza de un mendigo, que conservó la punta clavada entre los dos ojos. El trozo que le quedaba era sobrado para defenderse; pero lo tiró con tal fuerza, que aún saltó un ojo á un contrabandis-



Y sobre un puntigudo saliente de la roca una joven andrajosa y no fea se alzó con una tea en la mano..

ta con el puño. No le quedaba más arma que sus puños.

—¡Aquí desearía yo encontrar á Gonzaga y á Peyrolles en pleno día!—murmuró.

De pronto disipáronse en parte las tinieblas. Pegada á la roca, y sobre un puntiagudo saliente de ella, una joven andrajosa y no fea se irguió con una tea en la mano alumbrando el combate. Los adversarios pudieron contarse. De los cinco contrabandistas que trataron con Peyrolles sólo había tres en pie, y en torno suyo una docena de mendigos. Los quince lanzaron un grito de triunfo al ver á Lagardère desarmado.

El caballero se bajó para apoderarse de un fusil con objeto de defenderse, y uno de los contrabandistas levantó el suyo para romperle la cabeza; pero Antonio, rápido como el rayo, le atravesó el corazón con su navaja. Si no logró liberar á Aurora de Nevers, había podido salvar la vida de Enrique de Lagardère.

Éste se enderezó con una escopeta en la mano. Sólo necesitaba un arma; espada, daga ó palo: era lo mismo, con tal de poder ofender. El fusil en sus manos se convirtió en catapulta: de cada golpe hundía un cráneo. El combate continuaba, lúgubre á la luz de la antorcha que enarbolaba la joven de tez bronceada y negros cabellos, como una gitana extremeña.



No asistía como pagada, sino por el placer de ver correr la sangre. Pero el contrabandista se lo había dicho bien claro.

—No necesitamos mujeres sino para acechar la llegada de esos pájaros. Para dar el golpe, sólo quiero hombres.

—No importa; iré.

—Si quieres ganar algo, puedo designarte un puesto para que te estaciones y avises cuando lleguen.

—No; quiero presenciar el combate.

—Pues por tu cuenta y riesgo, chiquilla.

Su presencia fué más útil de lo que supusieron. En cuanto vió que la angostura quedaba envuelta en las tinieblas, salió del desfiladero y corrió á la aldehuela próxima en busca de una antorcha, volviendo para alumbrar á los combatientes.

Esperaba ver á la entrada del desfiladero lo menos treinta hombres, puesto que habían contratado cincuenta para combatirlos; y al percatarse de que sólo eran cuatro, comprendió que se trataba de un asesinato, no de una lucha. Su corazón palpitó con violencia, sobre todo al fijarse en el gentil y hermoso caballero que acaudillaba á los asaltados. Ya no era por los suyos por quienes la gitana mantenía enhiesta la tea.

—Las filas han clareado ya mucho—exclamó

Lagardère.—¡A caballo, y pasemos sobre los que quedan!

Pero aún no habían montado, cuando los siete ú ocho hombres que quedaban en pie desaparecieron como por encanto, sin querer prolongar más la lucha. En la garganta de Pancorbo sólo quedaba, el que más, con una hora de vida de todos aquellos bandidos.

—¡El caso es que esos demonios no me han devuelto el sombrero—suspiró Cocardasse,—y estamos en el país del Sol!

—Comprarás uno en Burgos—repuso Lagardère sonriendo.

—¡Voto á bríos! ¡Pero no será ése! Era casi nuevo cuando lo llevé á los fosos de Caylus. Y el sombrero es algo más que una cubierta: es como si fuera parte de la misma cabeza.

Alguien quedaba, sin embargo, en el campo de batalla: la gitana, que bajó de su pedestal sin apagar la antorcha. Lagardère quería interrogarla, pero no detenerse allí ni perder más tiempo. Lanzó su caballo á galope, se inclinó al pasar al lado de la muchacha, la levantó y la colocó en su silla. Los ojos de la joven se iluminaron por el júbilo: rodeó con su brazo el cuello del caballero, y se dejó llevar sonriente y sin abandonar la tea que iluminaba tan extraña cabalgata. Antonio iba á la grupa de Passepoil.

—¡Sois valiente!—dijo la gitana.—Si me necesitáis para algo, señor caballero, soy vuestra esclava.

En su vida aventurera Enrique había visto tanta farsa, que á fuerza de práctica le era ya muy fácil descubrir en el semblante de las personas los verdaderos sentimientos que las animaban: en el de la gitana sólo leyó franqueza y entusiasmo.

—¿Estabais ahí desde hace mucho?—preguntó.

—Desde esta mañana—repuso ella.—Al amanecer, los contrabandistas han recorrido la sierra en busca de bandidos para el golpe que proyectaban. Se hallan en abundancia pagándolos. ¡Son tan pobres!

—Hasta mujeres habia: vos estabais con ellas.

—El dinero del crimen no ha manchado nunca mis manos. Vine aquí por mi voluntad, y con el presentimiento de que podría ser útil. Cuando ví la desproporción de fuerzas entre ellos y vosotros, alumbré la escena para que pudierais ver de dónde partían los golpes.

—¿De veras?

—¡Por mi salud lo juro!—repuso ella con acento de sinceridad.

—Muchas gracias, hija mía. ¿Qué puedo hacer por vos?

—¿Venís de Francia?

—Sí.

—¿De París de Francia?

—Sí.

—¿No habéis oído hablar nunca de una gitana como yo que se fué de España con el Embajador francés? Era mi amiga, y nos queríamos mucho. Bailábamos juntas en Madrid. Desde que se fué, ¡tengo una pena!

—¿Cómo se llamaba?

—Nosotros la llamábamos Flor; pero yo sé que se bautizó y le pusieron el nombre de María de la Santa Cruz.

El caballero se estremeció. ¿Lograría con aquel nuevo instrumento que se le ofrecía lo que no había conseguido hasta entonces con los demás de que dispuso, libentar á su amada?

—Doña Cruz, ó Flora, si preferís seguir llamándola así, ha pasado por aquí mismo hace poco más de cuatro horas.

—¡Imposible! La hubiere visto yo. Estoy en el desfiladero desde las nueve de la mañana sin moverme.

—Es que no iba sola. Iba en carroza con otra joven.

—No ha pasado por aquí ninguna carroza en todo el día.

Al oír tan terminante negativa Lagardère quedó perplejo.

—Reflexionad bien, y procurad acordaros, hija mía—insistió.—Iban escoltadas por ocho caballeros franceses, uno de los cuales es el que ordenó que me asesinaran.

—La cosa es muy sencilla—replicó la gitana después de meditar un instante.—Ha hecho lo posible por induciros á tomar este camino, en el cual os tenía preparada una celada, y él ha tornado hacia Barcelona ó hacia Zaragoza.

—Puede ser—confesó Lagardère, admirado de la perspicacia de la joven.—Es otra treta más de Gonzaga, que me pagará con las setenas.

—¡Gonzaga!—saltó la muchacha.—Ése es el nombre del embajador que se llevó á París á Flor. ¿Sería por ventura enemigo vuestro?

—Á muerte.

—Pero ella...

—¿Vuestra amiga? Es la mejor y más leal amiga de Aurora de Nevers, mi futura esposa. Si me dirigía á Burgos, era con el propósito decidido de libertar á las dos de sus manos.

La voz del caballero se veló. Felipe de Mantua se le escapaba de nuevo, y con él las doncellas.

—Hasta ahora—pensaba—seguí sus huellas paso á paso, y sólo era cuestión de horas alcanzarle. Ahora ya no estamos en la carretera de España. ¿Cómo encontrarle y dónde?

Inclinó la cabeza con la frente arrugada y desanimado. La gitanita le contemplaba con simpatía.

—Si Flor está en España—dijo,—y lo creo pues lo afirmáis vos, yo la encontraré. No soy para vos sino una bohemia hallada en el camino y que habéis considerado enemiga; pero si tenéis confianza en mí y me permitís seguiros por donde vayáis, os prometo devolveros á vuestra novia.

El caballero se conmovió.

—No tengo derecho—repuso—á rehusar la leal ayuda que se me ofrece cuando no se trata de defender mi causa con mi espada.

—¡Vuestra espada!—exclamó la muchacha tocándose la frente con un dedo.—Uno de los contrabandistas recogió el puño con la parte de hoja que restaba, y escapó con él. ¿Sabéis adónde?

—Me lo figuro—contestó Enrique frunciendo el ceño.—¡Pardiez! ¡Iba á venderla! Le pagaron por matarme, y sin duda le exigieron como prueba que llevase mi espada. Irá á mostrársela á Gonzaga. ¡Lo siento, porque era la espada del Regente de Francia! ¡Pero no me faltarán espadas!

Y estalló en una carcajada nerviosa, terrible, que parecía el rugido de un león herido.

Al día siguiente, en Zaragoza, un contrabandista que había reventado un caballo en el camino y llegaba á la casa donde se alojaba el Príncipe de Gonzaga, sudoroso, extenuado y cubierto de polvo, insistió en hablar con M. de Peyrolles.

Recibido al fin por el mayordomo, sacó de debajo de la capa un objeto que puso sobre la mesa detrás de la cual hallábase sentado el factótum.

—¿La reconocéis, señoría?

Al reconocer lo que restaba de la espada de Felipe de Orleans, regente de Francia, M. de Peyrolles se estremeció de júbilo. No dudó que Lagardère, como el arma de que se había servido hasta hacía poco, estaba ya fuera de combate, sin vida.

—¿Cómo ha venido á vuestro poder?

—Porque el que la había llevado acababa de soltarla, incapaz de servirse de ella.

—¿Ha muerto?

—Me ordenasteis que le matara y que os trajera como prueba su espada. Ahí está.

—¿Y los otros?

—Los otros quedaron en la garganta de Pancorbo. De cinco que éramos en Bayona en la posada de *La hermosa hostelera*, sólo quedaba uno: yo. Y muchos otros que no valían nada,

más de treinta, enrojecen el agua del arroyo con su sangre. He compartido el peligro; pero no tendré que compartir el oro.

Peyrolles contó y entregó al contrabandista la suma convenida.

—¡Muchas gracias, excelencia!—dijo éste atestando de oro su bolsillo.—¿Tenéis muchas gentes á quienes dar pasaporte en esas condiciones?

Cuando se hubo ido el bandido el factótum pasó á la sala vecina, en la cual bebían Gonzaga y los *enrodados*. Arrojó sobre la mesa el trozo de la espada, y dijo:

—Señores, el caballero Enrique de Lagardère se ha dejado matar muy tontamente. Ahí tenéis lo que queda de su acero, de la espada que perteneció á Felipe de Orleans, regente de Francia.

FIN DE LA PRIMERA PARTE